

Ciudad de México. 18 de abril de 2026.

Estimado Maestro Pedro Henríquez Ureña:

Reciba usted un cordial saludo hasta el lugar en el que se encuentre. Le escribo esta carta con la intención de expresar mi admiración por su inmenso legado en la cultura de Latinoamérica y la lengua española. Aunque los tiempos han cambiado desde su fallecimiento, su visión sobre la unidad de nuestra América Latina y la importancia de nuestra identidad cultural sigue siendo una guía para los estudiantes que, como yo, nos acercamos a su obra por primera vez.

Después de investigar sobre su trayectoria, me parece fundamental destacar el enorme esfuerzo que usted realizó para que el español hablado en América Latina fuera valorado con la misma importancia que el de cualquier otra parte del mundo. A menudo, como estudiantes, no nos damos cuenta de la riqueza que tiene nuestra forma de hablar, pero gracias a sus investigaciones hoy entendemos que nuestro idioma es una herramienta de identidad muy poderosa.

Me parece importante resaltar su visión sobre la identidad de América. Muchas veces solemos pensar que lo mejor viene de fuera, pero usted insistió en que tenemos una riqueza cultural propia que debemos conocer y defender. Su idea de que el lenguaje es lo que nos une como países hermanos es algo de lo cual considero tiene mucha razón.

Un punto que me gustaría resaltar de manera especial es su libro "Cuentos de la Nana Lupe". Me parece muy interesante cómo decidió rescatar esas historias que vienen de la tradición oral y ponerlas por escrito. Muchas veces, los relatos que nos cuentan de niños se pierden con el tiempo, pero usted les dio un lugar importante en la literatura. También me llamó la atención que usted no se quedó en un solo lugar, sino que viajó por muchos países enseñando y compartiendo sus conocimientos. El hecho de que se le considere uno de los maestros más importantes de nuestra región dice mucho de su dedicación. Me doy cuenta de que para usted la educación era la base de todo, y que leer no era solo pasar el tiempo, sino una forma de entender mejor el mundo y de ser personas más críticas.

Considero que, gracias a su trabajo de organización y estudio de las letras hispánicas, hoy contamos con libros y programas de estudio mucho más completos que nos permiten conocer quiénes somos y de dónde venimos.
Otro aspecto que me ha hecho reflexionar es su visión sobre la literatura. Usted no la veía como algo aburrido o reservado para unos pocos, sino como un puente para entender la realidad. A través de sus ensayos, nos dejó claro que leer nos permite abrir la mente y desarrollar un pensamiento crítico. En un mundo donde a veces recibimos tanta información de golpe, sus enseñanzas nos motivan a detenernos, analizar y buscar la verdad en los libros.

Me gustaría dedicar una parte importante de esta carta a comentar lo que he aprendido sobre su paso por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es impresionante saber que usted llegó a nuestro país en una época de muchos cambios y que se convirtió en una pieza clave para la cultura mexicana. En la UNAM, usted no solo dio clases, sino que ayudó a que la universidad se convirtiera en un espacio de pensamiento libre y moderno. Su participación en el Ateneo de la Juventud junto a personajes como Alfonso Reyes y José Vasconcelos fue fundamental para que la educación en México dejara de ser algo antiguo y se abriera a nuevas ideas. Usted dejó una huella muy profunda en la Facultad de Filosofía y Letras. He leído que era un maestro muy exigente pero muy generoso con lo que sabía, y que siempre motivaba a sus alumnos a ir más allá de los libros de texto. En la UNAM, usted ayudó a organizar cómo se debía estudiar la literatura y la lengua española, dándonos las bases que todavía usamos hoy en día. Gracias a su trabajo en la máxima casa de estudios, muchas generaciones de mexicanos aprendieron a valorar la cultura clásica, pero también a entender que nuestra propia cultura latinoamericana tiene un valor inmenso que no le pide nada a la de otros continentes. Además de su labor académica en las aulas, es admirable cómo se involucró en la vida intelectual del país.

Su trabajo en la UNAM no se limitó a dar lecciones, sino que también incluyó la publicación de ensayos y la organización de conferencias que buscaban elevar el nivel crítico de la sociedad. Usted creía que la universidad debía ser el motor del cambio, y que los estudiantes teníamos la responsabilidad de prepararnos para mejorar nuestro entorno. Esa visión de una universidad comprometida con la verdad y con el pueblo es algo que todavía hoy, como estudiantes de preparatoria, nos inspira a tomar nuestros estudios con más seriedad.

Para concluir, quiero decirle que su legado sigue vivo en cada aula donde se analiza un texto o se debate sobre nuestra cultura. Su dedicación a la enseñanza y al estudio del lenguaje nos deja un compromiso muy grande a las nuevas generaciones: el de seguir preparándonos constantemente y el de valorar nuestra identidad por encima de todo.
Sin más por el momento, le envío un saludo con mucho respeto y gratitud por todo el conocimiento y las historias que nos heredó.

Miranda Campos Grey Mayrín.